

La calle
Diario de un espectador
La guerra de las galaxias
por miguel ángel granados chapa

para el martes 30 de octubre de 2007

No descartemos la posibilidad de que, por haber llegado a la tercera edad, hayamos padecido una reducción de nuestra capacidad de entendimiento y tenido en consecuencia una reacción excesiva, propia de gente snob que nunca hemos compartido. Pero debemos confesar que lo impensable ocurrió el sábado pasado: salimos de la sala Nezahualcóyotl antes de que concluyera el concierto, a disgusto con lo que estaba ocurriendo.

El programa era promisorio, y cumplió las expectativas creadas en cuanto a la interpretación musical. Sólo que desde el comienzo había una presencia de más, la de un narrador que, por otra parte, tenía las características del lugar donde se formó, el Centro de educación artística de Televisa. Leonardo Mortera nos hizo recordar a un presentador de cuentos para niños de la época en que nuestros hijos lo eran, El zapatero remendón, uno de esos cómicos que suponen que los pequeños son tontos y deben-por-eso-silabear-cada-una-de-las-palabras-que-pronuncian-bajo-el-riesgo-de-que-los-retrasados-mentales-que-los-escuchan-no-entiendan-nada.

No era necesario que en voz alta se explicara el significado de la obra de George Gershwin, Porgy and Bess, ni de la pieza magistral de Leonard Bernstein, West side story, que al hacerse película y traducirse al español se llamó Amor sin barreras. En todo caso, como ocurre con la programación habitualmente realizada por la Ofunam, es suficiente con la información preparada por Juan Arturo Brennan para el programa de mano. Pero ofrecer resúmenes de esos datos en la voz de un actor deseoso de parecer simpático era por lo menos un exceso. Hay obras que demandan la presencia de un narrador, que recita porciones de la pieza misma, integradas a la producción musical, que es la importante en una sala de conciertos. Pero no era este el caso. La narración era un pegote, casi una falta de respeto al público, infantil o adulto.

El colmo ocurrió en la segunda parte del programa, después del intermedio. El innecesario narrador comenzó a hablar del extraordinario músico John Williams, autor de la banda sonora de una decena de películas muy exitosas producidas en Hollywood con enormes ganancias, entre ellas la de Star wars, conocida en México como La guerra de las galaxias, cuya suite sinfónica íbamos a escuchar. Pero, atribuyendo la idea a Alun Francis, el flamante director titular de la filarmónica universitaria, presentó a varios actores disfrazados al modo en que aparecen en la película de George Lukas. De pronto pareció que nos habíamos equivocado y que no estábamos en el Centro cultural universitaria en el Pedregal, no en un recinto de la Universidad nacional sino en el teatro san Rafael. Como parte de esa confusión temimos que a la salida de la función nos encontráramos con la venta de los sables luminosos, de hoja no metálica sino de luz laser, que blandían los personajes de Star Wars mientras la orquesta atacaba la música de Williams.

Por supuesto que es deseable realizar el propósito que no de modo explícito, pero suponible, movió a Francis a admitir o proponer esta escenificación corriente. Se trataría de llevar al público infantil a las sesiones de la Ofunam para crear nuevas generaciones de oyentes e impedir que decaiga la atención a la música de concierto. Pero ésta vale por sí misma, especialmente cuando es interpretada por una orquesta de la calidad de la universitaria, que se beneficia de un recinto de enorme belleza y condiciones sonoras como la sala Nezahualcóyotl.

Hubo más, por añadidura: se obligó al concertino de la Ofunam, Sebastián Kwapisz a disfrazarse de personaje de Lukas. Faltaría sólo que de interpretarse en diciembre la Gran Pascua rusa de Rimsky-Korsakov se le haga vestir como san Nicolas, es decir Santa Claus, es decir Santa..